

con la vehemencia de su espíritu caldeado por las brisas tropicales; fué entonces cuando el clero-verdugo asaltó en el retiro solitario de Pomoca á un hombre lleno de grandeza y de virtudes, al ilustre Ocampo, aquel sublime mártir inmolado por los judíos del clericalismo; fué entonces cuando Degollado pidió vengar á Ocampo y fué sacrificado; fué entonces cuando Valle se lanzó al peligro para vindicar á Degollado y también fué asesinado.

Y no fué esto lo único que teníamos que lamentar: los ministros extranjeros que disimulaban mal su simpatía por el bando caído, atribuyéndose facultades que ningún derecho racional reconoce ni sanciona, acusaban al Gobierno de impotente para sofocar el vandalismo que entonces se manifestaba por todas partes, sostenido por los que antes se titularon y todavía se titulaban autoridades y funcionarios de la Nación; es decir, las dignidades caídas de la facción conservadora.

A los alrededores de la Capital merodeaban cuadrillas de salteadores, que despojaban á todos los que caían en su poder y saqueaban á las poblaciones indígenas. Entre esas gaviotas se encontraba D. Félix Zuloaga, que se decía primer Magistrado de la Nación.

Por todas partes se conspiraba contra la estabilidad y existencia de la joven República Constitucional.

Allá, en las regiones ultramarinas, un emperador disponía de nuestra nacionalidad con el mismo empeño que si se tratara de una regalía ó cualquier otro objeto de su patrimonio particular.

Varios hombres nacidos en México andaban de corte en corte ofreciendo á los monarcas del Viejo Continente este territorio que todavía tenía un pueblo soberano y patriota, principios superiores de derecho público, que fueron sostenidos en cien combates, y hombres como Juárez, Ocampo, Ramírez y otros, ante quienes se empequeñecen en la Historia las menudas figuras que desgarraron el corazón de nuestra heroica patria.

En 8 de Octubre se firmó en Londres la sentencia de muerte del Gobierno Mexicano, con el nombre de Convención de Londres.

Y hé aquí cómo después de una paz que tanta sangre había costado y tan poco tiempo duró, se presentaba una tempestad más en el horizonte de nuestros destinos.

El 10 de Diciembre de 1861 fondeaba en Antón Lizardi la escuadra española, cuyo mariscal amenazó con altanería á las autoridades de Veracruz, que abandonaron el puerto, según las instrucciones del Gobierno general.

Pocos días después, reuniéronse á aquella las escuadras francesa é inglesa; los representan-

tes de las tres naciones, unidos, dirigieron al Gobierno mexicano un *ultimatum* y exigieron el pago de las deudas extranjeras, ofreciendo una ayuda generosa para intervenir en nuestras cuestiones.

Pero todos estos ofrecimientos no eran más que el antifaz con que se cubría la más inicua intención de arruinar nuestra Soberanía en nombre de no sabemos qué principios de derecho internacional.

La perfidia venía á desempeñar en nuestro suelo una hazaña digna de quienes concibieron aquella empresa; pero ni así pudieron alcanzar el triunfo que esperaban de la gratuita ignorancia é incapacidad que suponían en nuestros hombres.

Doblado se encargó de probar á la vieja Europa, que México sabría aprovecharse de la torpeza de los autores de la famosa Convención de Londres, poniendo á los representantes de las naciones intervencionistas en el mayor desconcierto.

El golpe no podía haberse dado con mayor habilidad; la obra de los hombres del Viejo Mundo, tanto tiempo meditada y estudiada; el lazo preparado con alardes de destreza diplomática, quedó inutilizado en algunos artículos redactados al calor de la situación y del momento, por el genio de Doblado, en el tratado de la Soledad.

Un diputado de la Cámara francesa decía desde la tribuna y aludiendo á aquel hombre: "A ver, que se me haga la biografía de ese mexicano que ha sabido engañar á todos los diplomáticos europeos."

Y así fué en efecto: Inglaterra y España se retiraron, salvando así el decoro nacional de los países que representaban; en cuanto á Francia, esa tuvo que pasar sobre su dignidad, para sostener una situación cuyas consecuencias fueron trascendentales para los responsables del crimen.

El Gobierno nacional, entre tanto, tomaba las medidas más eficaces para la seguridad general, y esas fueron tanto más enérgicas cuanto más peligrosas eran las dificultades erguidas contra nuestra nacionalidad.

Una de las primeras disposiciones emanadas del Gobierno, fué la destitución de Uruga, nombrando en su lugar á D. Ignacio Zaragoza.

Este nombramiento era una manifestación evidente de la Administración, que tenía por lema no retroceder nunca en el camino marcado por la dignidad de la Nación. Convocóse luego al pueblo á la defensa nacional; fueron declarados traidores los que ofrecieran su apoyo á los invasores y uno de los primeros en quienes se llevó á cabo un castigo ejemplar, fué D. Manuel Robles Pezuela, fusilado en el lugar mis-

mo en que Zaragoza lo sorprendió, y después de cerciorarse de que aquel jefe de guerrilla marchaba hácia el campamento de los franceses para ofrecer su brazo á los enemigos de la patria.

Las hostilidades habían principiado por una felonía del ejército francés, negándose á retirar sus fuerzas, como se había pactado solemnemente en el Convenio de la Soledad, de los puntos avanzados que la generosidad y humanidad republicana habían dejado ocupar, con el objeto de que el clima mortífero de las costas no diezmará las filas del enemigo.

En Córdoba hubo un pronunciamiento ridículo é indigno, que aclamaba á Almonte; á Almonte que no mostró como prenda de su carácter sino la triple resignación de llevar su llamada autoridad entre los bagajes del ejército francés.

Zaragoza, al mando de unos cuatro mil hombres entre los cuales había muchos reclutados en la víspera del combate, se replegó desde las cumbres de Acultzingo á la ciudad de Puebla á donde llegó el 3 de Mayo. Y dos días después, el día 5, el pequeño ejército de Oriente demostraba en el campo de la lucha que el derecho tiene la incontrastable fuerza; que vencen difícilmente los que no traen para la lucha más que la orden arbitraria de un tirano.

Zaragoza, el sublime caudillo de aquel triunfo carísimo, tomó ante la conciencia del pueblo las proporciones de un héroe, y á su nombre inundábanse de orgullo los corazones patriotas.

La República había alcanzado un triunfo en el campo de batalla, y Zaragoza fué el héroe de ese triunfo; pero faltaba completar la obra; Juárez, este hombre contra quien se han agotado las más duras formas del dicitario y del ultraje, ordenó que se devolvieran á sus dueños las medallas recogidas en el campo de batalla y desprendidas del pecho de los prisioneros. Todavía hizo más: dispuso que fuesen devueltos al campo francés los prisioneros, en primer lugar, y los enfermos después, á medida que terminaba su curación; y como carecían de recursos, se los proporcionó generosamente de los fondos de nuestro Ejército.

Juárez fué el héroe de esta jornada, de esta hazaña humanitaria, y la corona perdurable que ciñe su sien, entra en el número de las preseas morales que honran y honrarán al gran partido que cuenta entre sus hombres á aquel gran ciudadano.

El ejército triunfador de Puebla se encontraba diezmando; sin embargo, una sección atacó pocos días después á las chusmas de Márquez en Barranca Seca, donde á no recibir oportuno auxilio de las tropas extranjeras, hubiesen que-

dado completamente destruidas. Zaragoza siguió á los franceses en Orizaba, y si González Ortega no sufre el desastre del Borrego, los franceses hubieran retrocedido hasta la Costa donde tal vez se hubieran visto obligados á abandonar empresa y territorio.

Zaragoza falleció poco después de sus triunfos y su memoria fué honrada con la gratitud nacional que lo declaró benemérito en grado heroico. Después de su muerte, el Gobierno encargó el mando de las tropas al general González Ortega, coincidiendo este nombramiento con la destitución del general Laurencez, á quien substituyó el general Forey, un soldado grosero, torpe é insolente. Olvidando las instrucciones que había recibido de su Señor, principió disgustando á sus aliados, arrastrándose por otra parte con indignas proposiciones encaminadas á tentar la lealtad y patriotismo de nuestros grandes hombres, como si hubiera sido posible lograr esta hazaña de perfidia. Pero ese señor se engañaba; ¡los generales á quienes quería prostituir, no eran los cortesanos de Napoleón!

Forey, al llegar á la República, disolvió el llamado *ministerio* de Almonte, y en esto no hizo más que suprimir la parte ridícula de aquel gobierno de sainete. La intervención quedaba desenmascarada; la obra había perdido su parte cómica, y se presentaba en su aspecto trágico. El sitio de Puebla fué para nuestra historia, una página brillante y una humillación para el ejército expedicionario. El sitio duró cuarenta y seis días, y en este tiempo no consiguieron los invasores sino presenciar heroísmos de paciencia y de constancia entre nuestros nacionales; que por su parte aprendieron á conocer que en aquel brillante cuerpo de extranjeros, no había temible sino el primer instante; que vencido éste, el enemigo era cobarde; sí, cobarde, cuando el mexicano se muestra más digno, es decir, más orgulloso en la derrota y en el infortunio. Nuestros soldados marchaban altivos al patíbulo que levantaba la mano criminal del invasor que nos venía á robar nuestra libertad; al paso que muchas veces tuvieron que levantarse generosamente las armas tendidas ya sobre los prisioneros franceses.

Si González Ortega tuvo una página oscura en el Cerro del Borrego, en cambio tuvo una hoja brillantísima en Puebla. No dejó avanzar al francés, y cuando la defensa se hizo imposible, cuando se agotaron los elementos de guerra, entonces, entregó no á Metz y Strasburgo, con fuerzas iguales á las de los sitiadores; con víveres y pertrechos, nó; sino á Puebla agotada por dos meses de combate; á un Ejército que había quebrado sus armas; á una oficialidad que desafiaba con desdén, y con los brazos cruzados, al enemigo que tomaría posesión de hom-

bres y edificios; pero nó de la dignidad ni de la honra nacional, salvada entonces por el ejemplo más grande de nobleza y abnegación republicana. Esta sublime desgracia coincidió con la derrota de Comonfort; y sólo entonces fué cuando el Gobierno constitucional abandonó la Capital después de cerrar las sesiones del Congreso.

Juárez salió con la mayor parte de los empleados y con algunos cuerpos de ejército con dirección á San Luis. Y este hombre volvía á emprender aquellas peregrinaciones peligrosas y llenas de incomodidades; y este hombre volvía á desafiar la adversidad, él, que no ignoraba el sufrimiento y el dolor inmenso que impone á los que no se doblegan; y este hombre no vacilaba, ni se permitía lanzar la más ligera queja, ni el más justificado reproche contra el destino.

¡Ah, nó! su vida estaba iluminada por los rayos de la gloria; mientras que los demás corazones desfallecían, corazones oscuros, el suyo recibió aun en los momentos de más hondo desaliento, los fulgores del porvenir, de ese porvenir que siempre le inspiró, manifestándosele entre las brumas de una situación tempestuosa y de los horrores de una lucha desigual.

México caía en poder del Ejército francés: El 1° de Junio hubo una Junta á la que asistieron los principales Jefes del partido clerical, que ofreció la ciudad al Emperador Napoleón. Forey nombró una junta de *notables* que votaron un decreto en virtud del cual se enajenaba la Soberanía Nacional en beneficio de las miras caprichosas de un magnate europeo, que *negoció* nuestra independencia con alguna cabeza sin corona, que vendría á nuestra patria; á esta patria, sí, que cuatro años después volvería la corona sin cabeza.

Contratóse un empréstito onerosísimo, que á falta de nuestro patriotismo, hubiese desbaratado aquel imperio exótico, que no tenía más probabilidades de existencia que el que le atribuyera la torpe ilusión de un monarca lírico destinado á no salir nunca de la época teológica de su vida.

En vano se acudió al terror, en vano se sacrificó la vida de tantos patriotas, asesinados ignominiosamente conforme á la ley de 3 de Octubre; en vano se recurrió á la superchería indigna de los gobiernos honrados y circunspectos, de suponer en fuga á Juárez y desistido ya de su altísimo deber; todo esto fué inútil; la lucha se preparaba encarnizada y tremenda; los franceses nos hacían una guerra de fieras; para nosotros no había leyes humanitarias y los conquistadores nos consideraban como á bárbaros indignos de los miramientos de la civilización.

Los invasores sin embargo no poseían más que el camino de Veracruz á México; cumplíanse textualmente las palabras del Conde de Reus, que dijo al reembarcarse para su patria. "*Los franceses no tendrán más que el terreno que pisen.*"

Bazaine se encargó luégo del Ejército y se activaron las operaciones, rindiendo en primer lugar á Oaxaca defendida por Díaz. Trabajábase combates en los alrededores de Jalapa; una división francesa llegaba hasta Guadalajara y Márquez defendía á Morelia del ejército que mandaba Uraga.

Largo sería enumerar las acciones de guerra empeñadas por todos los rumbos de nuestro suelo, y basta sólo decir que en todas partes se levantaban caudillos ameritados, demandando la libertad patria y sucumbiendo á los horrores de la guerra.

Juárez, en tanto, marchaba en incansable peregrinación hacia el Norte, siempre abrazado á su esperanza, esa esperanza que era la del pueblo. Así pasó á San Luis Potosí en donde nombró jefe del Gabinete á D. Sebastián Lerdo de Tejada y ministro de Guerra al general Comonfort; de San Luis se dirigió al Saltillo, obligado por la aproximación del sanguinario Mejía, que se dirigió sobre aquella plaza asesinando en el camino al ministro Comonfort.

Juárez llegó al Saltillo el 9 de Enero de 1864, donde supo la derrota de Negrete.

Vidaurre había fraguado ya su traición; Juárez lo destituye del Gobierno de Nuevo León y Coahuila, que se levantan para sostener al Gobierno constitucional, viéndose el jefe Vidaurre obligado á huir de la República.

El presidente y su gabinete permanecieron por algún tiempo en Monterrey, en donde Quiroga los atacó al mismo tiempo que tres columnas de *franco-mexicanos* se dirigieron sobre la ciudad.

El Señor Juárez y sus ministros se vieron obligados á abandonar la plaza, sin que el peligro inminente en que se encontraban lograse alterar en lo más mínimo la imperturbable serenidad de Juárez, de ese hombre grandioso que supo mantenerse con la misma circunspección presidencial de una recepción diplomática. Juárez verificó su salida montado en una mula, cuyo paso no aligeró en nada, ni porque en las boca-calles de la ciudad amenazaba el enemigo arrojando una lluvia de balas ni por las exhortaciones vehementes de los ministros que le rodeaban.

Cuando Juárez se encontró en el campo y fuera de todo peligro, fué objeto de la admiración de los hombres que le acompañaban; y con mucha razón: en Juárez habían muchos

hombres; una vez más se había manifestado bajo su faz heroica ante el peligro.

Luchando con mil dificultades llegaron á Santa Catarina. De aquí se dirigieron á través del desierto y en medio de las tribus bárbaras á Chihuahua, donde llegaron el 12 de Octubre de 1864.

Juárez se encuentra la población dividida por rencores políticos; marcha entonces al sitio en que fusilaron á Hidalgo en 1811, y esta visita del primer Magistrado de la Nación unió á los habitantes en un solo interés: el de la defensa de la patria.

En tanto, el general González Ortega, que se había escapado con el general Llave, después de la toma de Puebla, fué derrotado en Mojama el 21 de Septiembre de 1864.

Juárez nombró por esa época ministro de la guerra al general Negrete, que se dirigió con la fuerza existente en Chihuahua, á Nuevo León, donde el general Viesca había obtenido importantes triunfos sobre el enemigo; pero á poco contramarchó á Chihuahua inutilizando los triunfos obtenidos y perdiendo gran parte de sus tropas en sus caminatas por el desierto.

Los imperialistas ganaron las posesiones abandonadas y amenazaron á Chihuahua. Entonces el gobierno se trasladó á Paso del Norte, último reducto de la causa constitucional.

Pero Juárez, en lugar de desesperar ante tan difícil situación, expidió una circular enérgica expresando su firme resolución de no abandonar nunca el territorio nacional, y proféticas esperanzas de triunfos y victorias sobre el ejército invasor.

Los franceses fueron arrojados de Chihuahua y el Gobierno se apresuró á reconquistar su perdido puesto, tomando posesión de él, el 13 de Noviembre; pero á los diecinueve días tuvo que abandonarlo de nuevo, volviendo á establecerse en el Paso el 9 de Diciembre.

Oh, entonces pareció llegada la última hora de la existencia nacional; todo presagiaba destrucción y ruina para la causa de nuestra independencia; la nave de la República se veía destrozada, sola y deshecha en medio de las tempestades de la situación. ¡Qué horrible naufragio se esperaba para nuestras instituciones! Cuando habían sucumbido tantos seres, cuando se había perdido ya en un mar de sangre la playa salvadora, entonces era de ver cómo se cifraban todas las esperanzas en aquel sublime piloto, aferrado todavía, con monstruosa tenacidad, al puesto en que le había colocado su deber, ultajado por la tormenta, pero indomable y terrible en medio de las tinieblas hechas en torno suyo, por la adversidad pública que había apagado todos los fulgores y todas las esperanzas populares.

Entonces es de ver cómo el mundo empezó á sentirse embargado de invencible admiración hacia la extraordinaria grandeza de aquel presidente sin gobierno, de aquel confinado magistoso, agigantado á través de las dificultades más poderosas que hayan acosado á héroe humano.

Bien pudieron las bayonetas extranjeras expulsar de nuestros Estados á los hombres que defendían nuestra libertad; bien pudieron alejar las instituciones públicas, conquistadas en gloriosas luchas; bien pudieron, en fin, oprimir los sentimientos de patriotismo en cada hijo del suelo mexicano; nada importaba esta deportación, podríamos decir, de todos los elementos de nuestra nacionalidad, allá en el norte, en el único punto que sobresalía sobre la catástrofe de la invasión, surgía un hombre cuyo seno ofrecía refugio á todas las instituciones desterradas, á todas las aspiraciones deprimidas, á todos los amores patrios malogrados y en fin á todo lo que la irrupción proscibía. Por eso Juárez aparecía gigantesco y maravilloso: era el hombre-nación, el hombre-patria, y los hombres en quienes se verifican estas transfiguraciones, dejan de ser ciudadanos de una patria: se hacen ciudadanos de la libertad; gran patria universal que tiene dispersas provincias entre los héroes y los patriotas de todos los pueblos.

¡Por eso la América ha declarado que merece bien de aquel ilustre patricio!

Entretanto, se acercaba el término del período constitucional de la presidencia del Sr. Juárez, y González Ortega debía sustituirle en su calidad de Presidente de la Suprema Corte de Justicia.

Pero la disposición de nuestra Carta Federal que así lo establece, no podía tener aplicación en las circunstancias por que atravesaba el país, por varias razones; primero: González Ortega había desempeñado el gobierno del Estado de Zacatecas, por lo cual había perdido el carácter de Presidente de la Suprema Corte, pues nadie puede según la misma Constitución ejercer dos cargos que eran incompatibles, como lo eran el de jefe constitucional de un Estado y el de jefe del Poder Judicial de la República; segundo: los artículos 78, 179, 80 y 82 de la Constitución, no se refieren á los casos en que es imposible hacer la elección; tercero: el presidente de la Corte sólo podía desempeñar *interinamente* y *en la falta absoluta* y temporal del electo por los pueblos, la Presidencia en que por decreto de 11 de Diciembre de 1861 se había facultado al Presidente para decretar *cuantas medidas juzgase convenientes, sin más restricciones que la de salvar la independencia é integridad del territorio nacional.*

Además de estas razones, había la de que González había permanecido en el extranjero sin permiso ni comisión del gobierno, lo que envuelve un abandono del cargo.

El gobierno contaba con la aprobación del partido republicano, que no hubiera deseado nunca ver el poder en otras manos que en las fuertes del Presidente Juárez y sus ministros.

El año de 1866 principió á mostrarse propicio á la causa de la Justicia. Los Estados Unidos, concluida ya la guerra separatista, tomaron una actitud enérgica para oponerse á la ambición del monarca extranjero, que era arrogante con los débiles y débil ante los fuertes.

Napoleón prometió retirar sus fuerzas de México, lo que sorprendió á Maximiliano, que nunca sospechó una solución como la que se esperaba del imperio fundado por la infamia y la traición.

Vanos fueron todos los esfuerzos empleados para afianzar la triste monarquía cuyo porvenir debía ser tan desastroso. El archiduque quiso abdicar y aun se había puesto en marcha para ganar tierra extranjera; pero una ilusión forjada en medio del fervor de partido, lo obligó á desistir por su mal de la resolución que antes había tomado.

Entonces se preparaban aquellos planes desesperados de ataque al partido republicano; entonces fué cuando se adoptaron las resoluciones enérgicas de exterminio y desolación contra nuestros heroicos hermanos y la misión de tan tristes hazañas debería encomendarse á varios hombres funestos para México, Miramón, Márquez, Méndez y Mejía.

En Enero salió Miramón con 2000 hombres reclutados á la fuerza, y con una audacia digna de observarse llegó hasta Zacatecas, en donde sorprendió al gobierno constitucional. Juárez y sus ministros se salvaron entonces de ser fusilados, conforme á las órdenes que el jefe imperialista llevaba de Maximiliano.

Entretanto, Escobedo marchaba al encuentro de Miramón, á quien alcanzó en San Jacinto, presentándole acción de guerra y consiguiendo una de las más hermosas victorias contra la reacción: la que preparó el triunfo definitivo de la República.

Guanajuato se encontraba en manos de constitucionalistas; Guadalajara se había reconquistado por el valiente general Corona; Aureliano Rivera había derrotado á la división imperial al mando de D. Severo del Castillo. Colima era ya de la República y Díaz había comenzado su campaña de Oriente.

Las tropas francesas abandonaron definitivamente las plazas mexicanas y el imperio quedaba reducido á cuatro ciudades solamente: México, Puebla, Veracruz y Querétaro.

El levantamiento fué entonces general; por todas partes se armaban los ciudadanos para destruir el poder imperial y Juárez hacía circular excitativas entre todos los pueblos obedientes á la voz de su caudillo.

El orden constitucional se fué apoderando sucesivamente de los lugares abandonados por las fuerzas francesas.

Maximiliano se había refugiado en Querétaro con los despojos de su pasado esplendor, y entonces fué cuando las fuerzas republicanas al mando del general Escobedo cercaron aquella ciudad, mientras que una multitud de distinguidos jefes reconquistaban los otros puntos de la República en que se conservaban los restos de la dominación imperial.

La situación en Querétaro era desesperada; la resistencia debía ser inútil y el suceso de la toma de esa ciudad tuvo lugar al fin, recibiendo Escobedo de manos del llamado emperador de México, la bandera que había sostenido la rebelión bajo su forma de gobierno imperial.

Este acontecimiento tuvo lugar el 15 de Mayo de 1867. Seis días después, el general Escobedo ordenó que Maximiliano, Miramón y Mejía fuesen juzgados conforme á la ley de 25 de Enero de 1862.

Nombróse fiscal al coronel Manuel Aspíroz, Asesor á D. Joaquín Escoto y Escribano al soldado Jacinto Meléndez.

Concluida la instrucción, la causa se vió en consejo de guerra y los procesados fueron condenados á muerte.

Juárez, inflexible ante su deber, no cedió á los numerosos esfuerzos que entonces se hicieron para salvar á los prisioneros; ni las súplicas, ni las amenazas, ni el halago á su amor propio, ni las cartas de grandes hombres célebres en la política y en las letras: todo encontró un valladar impenetrable en la firmeza de Juárez, que al llevar á efecto la ejecución de la pena capital sobre los procesados de Querétaro, no hacía más que cerrar para siempre y de una manera segura á la codicia de un infeliz aventurero, las puertas de nuestra autonomía que abrió con llave falsa y mano perversa la traición y miseria de un partido.

Maximiliano, Miramón y Mejía fueron ejecutados en el Cerro de las Campanas el 19 de Junio de 1867. El 21 del mismo mes se rindió la Capital, y á la toma de México sucedió la de Veracruz y Campeche, acabando así aquella guerra sangrienta en medio de la cual Juárez mantuvo el honor, la soberanía y la independencia de la patria.

Juárez y sus ministros no tardaron en llegar á México, y después de dos días de residencia en Chapultepec, entraron á la Capital el 15 de Julio.

Juárez publicó una proclama felicitando al pueblo, á quien daba cuenta del poder público confiado en sus manos, anunciando su resolución de entregar ese precioso tesoro á la Nación, para que por su voluntad soberana lo depositase en aquel á quien el sufragio público indicase para tan alto honor.

Juárez fue reelecto por mayoría absoluta de votos y renunció ante el 4º Congreso las facultades extraordinarias de que estaba investido conforme á la ley.

El Gobierno dió principio á las obras de reconstrucción política y social, tomando medidas de gran significación para el afianzamiento del sistema republicano y destruyendo todo aquello que había establecido el gobierno de la intervención.

El 26 de Agosto arribó á Veracruz el vapor de guerra austriaco "Elizabeth" trayendo á bordo al almirante Tegetoff, que venía á reclamar el cadáver de Maximiliano. El Gobierno contestó dignamente á la petición y el cadáver del archiduque no fué entregado sino cuando la familia lo pidió por medio del ministro austriaco de Negocios Extranjeros.

Por este tiempo Santa-Anna pretendió turbar la paz pública fletando el vapor "Virginia." En Sinaloa fué aprehendido y conducido á San Juan de Ulúa. Se le formó causa de guerra y fué condenado á ocho años de destierro.

En el período porque vamos atravesando, habíase formado ya la oposición que debía combatir el Gobierno de Juárez y la división se organizaba libremente á la sombra de las garantías siempre respetadas por el Poder.

Suscitáronse conflictos más ó menos importantes en algunos Estados, que fueron pacíficos en los enérgicos y rápidamente.

Negrete no dejaba de conspirar contra el gobierno y á todas estas contrariedades vino á agregarse la muerte de Doña Margarita Maza de Juárez, la compañera noble y heroica del héroe de nuestra segunda independencia.

Después de esta desgracia, se vinieron acentuando las manifestaciones de la oposición.

Entonces fué cuando los partidarios de Lerdo de Tejada y Díaz se disputaban entre sí y contra el Primer Magistrado, el triunfo de sus candidaturas. La victoria, sin embargo, no parecía sonreír á ninguna de aquellas divisiones políticas.

En medio de estos hechos se alteró de nuevo la paz. Tampico se pronunció contra los poderes federales. El general Rocha, después de un sitio prolongado asaltó la plaza y Tampico quedó reducido al orden tras sangriento combate.

En el mes de Junio, Juárez volvió á lograr el triunfo en las elecciones populares y con motivo de este acontecimiento, estalló el día

1º de Octubre un pronunciamiento en la Ciudadela, encabezado por los generales Negrete, Chavarría, Toledo y otros jefes porfiristas.

Los jefes Alatorre, Rocha y García sofocaron esta sublevación después de diez horas de resistencia.

El 1º de Diciembre tomó posesión de la Presidencia Juárez, según lo prevenido en la Constitución.

El partido porfirista, derrotado en la asamblea y los comicios, se lanzó á la rebelión, pretendiendo establecer el dominio de las libertades públicas. El día 8 de Noviembre, Díaz expidió su *Plan de la Noria*, desconociendo á las legítimas autoridades y proponiendo una junta de notables que constituyesen el país, quedando el jefe de las armas como Jefe Supremo de la Nación.

A estos movimientos siguió el pronunciamiento de Mazatlán el 17 de Noviembre, la ocupación del Saltillo por el general Martínez y la oposición de partidos armados en toda la República.

Pero aquel *Plan de la Noria* fué derrotado más que por la fuerza de las armas, por la opinión pública que se resistía á concederle el prestigio de una revolución grande y salvadora, como decían sus partidarios.

El Gobierno, sin embargo, no desmayaba ante las revueltas armadas á cada momento contra su autoridad. Ya se habían tomado las más enérgicas medidas, cuando la muerte vino á sorprender al Presidente Juárez.

En la madrugada del 18 de Julio de 1872 Juárez se sintió indispuerto. Durante el día sufrió un dolor agudo en una pierna y es fama que para distraer sus dolencias se entretuvo en conversar con su familia y contemplar el retrato de su difunta esposa.

En la noche del mismo día el mal había adelantado de una manera alarmante; el dolor subió al corazón y á las once y minutos, sin alterarse ninguno de los rasgos de su fisonomía, exhaló el último suspiro rodeado de sus hijos y algunos de sus íntimos amigos.

Así terminaron los días de este hombre extraordinario; los partidos armados suspendieron sus hostilidades, sin poder disimular la sensación profunda de que estaban embargados.

El cadáver fué expuesto á la espectación pública; ávida muchedumbre invadía el salón en que fué colocado, y el duelo público dió entonces á conocer mejor que nunca la popularidad inmensa de aquel héroe inolvidable.

ENRIQUE M. DE LOS RÍOS.

GABRIEL GONZÁLEZ MIER.